

Agradezco el honor y el agrado de comentar este libro que, por el sistema de preguntas y respuestas, nos permite recorrer la existencia del General Matthei. Sistema encomiable, digno de elogio, pero a la vez difícil, muy difícil. Pues permite conocer de su propia boca lo que el interrogado, el biografiado, recuerda y piensa, alejando la deformación inevitable que genera cualquier intermediario. Más el sistema exige en el historiador que lo emplea un conocimiento previo y completísimo de, llamémosla así, la "víctima". No sólo de su ser privado sino también -si es un personaje público, el caso del General Matthei- de los hechos de este carácter en que haya intervenido. Sólo así las preguntas serán adecuadas, y las respuestas esclarecedoras, incluso aquellas que se extraigan en renuencia de quien responde. Y del conjunto surgirá la verdad no sólo sobre los sucesos, sino sobre la persona que los narra e interpreta según lo recuerda.

En este sentido, el libro que introducimos es un acierto y sus autoras merecen aplausos. Completo y sólido, nos proporciona la visión sincera de un hombre respecto de sus hechos, que son trascendentales, y sobre sí mismo.

Los chilenos, salvo en círculos muy especializados de la aviación y del arma aérea, nada sabríamos del General Matthei de no ser por tres hitos de la historia nacional, ocurridos todos en la segunda mitad del siglo XX:

- 1.-El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973
- 2.- Su nombramiento como Ministro de Salud del llamado régimen militar, el 6 de marzo de 1976.
- 3.-Su nombramiento como Comandante en Jefe de la Fuerza aérea y miembro, por esta, de la Junta de Gobierno, el 24 de julio de 1978, a raíz de que el resto de la Junta había dispuesto de ambos cargos al General del Aire Gustavo Leigh.

Ahora bien, lo primero notable que se desprende de este libro es que el General Matthei no estuvo en el origen de ninguno de los tres hechos señalados. Nada tuvo que ver con el golpe, pues se hallaba en Londres, como agregado militar de su rama, los años 1972 y 1973.

Nada tuvo que ver con su posterior designación ministerial, decidida por el Comandante en jefe, General Gustavo Leigh, de quien no había sido siquiera primer candidato a ministro (éste, el General Gustavo Viveros, declinó el cargo). Debería jurar -informó el General Leigh al General Matthei, la mañana del 6 de marzo- a las 12 del mismo día, quizás en Transportes, quizás en Salud...

Nada tuvo que el ver el General Matthei, finalmente, con la caída del General Leigh, que catapultó al primero hacia los más altos destinos profesionales y políticos a que podía aspirar en Chile, por debajo de Pinochet. Leigh no fue defenestrado a causa de ningún diferendo con el Presidente relativo a la Fuerza Aérea, sino en razón de una insalvable disparidad de criterios... una divergencia de política económica, y una divergencia de política-política. En economía, pensaba el general Leigh que el camino elegido por Pinochet (la ruta Chicago) era un camino de ruina. Y en política, suponía que el aislamiento externo del régimen lo condenaba a caer, salvo que se librara del Presidente. Candidato para reemplazarlo: él mismo, Gustavo Leigh.

Partió en ofensiva con estos objetivos explícitos, exponiéndolos a sus generales. Lo apoyaron unánimes, exceptuados dos: uno que estaba fuera de Chile... y Matthei, que lo dijo con abierta franqueza. Creía más en la política económica de Pinochet que en la de Leigh. Más en la conducción general del país por Pinochet, que por Leigh. Y

pensaba que en el choque entre estos dos titanes, ganaría el primero y no el segundo.

Sin embargo, no movió un dedo para perjudicar a su Comandante en Jefe, ni para beneficio de Pinochet, ni menos propio, ni siquiera para capear el temporal con silencios o ambigüedades. Todos le oyeron, en voz alta, su posición, y que él quería el "abuenamiento" de los disputantes y, si no fuera posible, que reemplazara a Leigh la segunda antigüedad, el General José Martín - de alta competencia y prestigio interno- y no él, Matthei. Ya que, hacia el medio del escalafón como estaba, su nombramiento traería un inconveniente terremoto de retiros en el generalato.

Cuando Martín rechazó, sin embargo, el ofrecimiento, Matthei dio el paso al frente que no quería dar. Aceptando ser, a falta de todo otro, Comandante en Jefe de la FACH y miembro de la Junta de Gobierno.

Su conducta, única entre los veinte generales del aire presentes en Chile, fue tachada de ambiciosa, desleal y traidora.

Él pensó que si la FACH había de quedar sin generales, no era aceptable ni para ella y sus hombres, ni para Chile, que quedara además sin cabeza.

Que tenía razón, quedó demostrado exactamente 151 días después, el 22 de diciembre de 1978, cuando estuvimos a precisas tres horas y media, de que Argentina nos atacara por tierra, mar... y aire.

Quizás más importante que rememorar estos hechos, es intentar percibir por qué, en esta y otras cuatro ocasiones cruciales, que recordaré, el General Matthei actuó como lo hizo... solo (o casi solo) contra todos, resuelto, porfiado, pero sin pasión personal.

La clave está en el mismo libro, en los interesantísimos capítulos que nos narran su entorno, su infancia y juventud. Allí, creo, encontraremos las llaves, las explicaciones del comportamiento futuro del General Matthei. Me parecen ser las siguientes:

- Es un chileno-alemán, por los cuatro costados, es decir, imbuido del concepto de responsabilidad, de que la primera obligación del hombre es hacer lo que debe, al margen de las conveniencias de qué dirán y de si otros lo acompañan o lo abandonan, sin pretextos ni dilaciones.
- - Como chileno-alemán , tiene la tradición cultural, aunque no sea religiosa, de la Iglesia Luterana.

Tradición que, aún en quienes han perdido la fe propiamente tal, presenta una fuerte carga ética. Es esta ética luterana, transmitida por la familia, la que indica al hombre, con una fuerza casi tiránica a la que es difícil sustraerse-, su deber, aquello que le es preciso e insoslayable hacer, sobre todo en los asuntos públicos, que conciernen a la patria y a las grandes mayorías ciudadanas.

"Los Matthei eran luteranos, pero bastante tibios en materia religiosa. Aún así, solía conversar con mi papá sobre la vida y la muerte, la inmensidad del universo y lo poco que sabíamos del mundo en que estábamos viviendo, o los aspectos morales de la vida. Me encantaba conversar sobre esos temas con mi papá, quien me enseñó a mantener la mente despejada para ver lo bueno y rechazar lo malo. Por otra parte, mis padres nos crearon desde chicos el hábito de hacer todas las noches un balance íntimo de lo ocurrido durante el día, partiendo de la base de que nuestra conciencia nos indica

claramente cuándo estamos haciendo algo malo. Nunca fuimos unos angelitos, por supuesto, pero al menos sabíamos reconocer nuestras faltas. Mi mamá también nos enseñó a tratar a los demás como a uno le gustaría que lo traten, y a saber escuchar, a ser tolerantes con lo que otros creen y piensan".

Este imperativo categórico se sobrepone a todos los demás:

"Hacia mediados de julio de 1978, tenía claro que me encontraba en una situación de aislamiento total dentro de la Fuerza Aérea. Este hecho tenía sus causas: mi forma de reaccionar frente a problemas como la decisión del general Leigh de remover al general Pinochet. En ambos casos actué espontáneamente, guiado por lo más profundo de mis convicciones. No habría podido hacer otra cosa sin traicionar todo aquello en lo que yo creía. Me jugué mi carrera sin pensarlo dos veces, y si el general Leigh no me echó de inmediato, fue cosa suya".

Por eso, a veces el General Matthei adopta actitudes de un verdadero puritarismo, con graves consecuencias, por aplicar esta moral tan estricta.

Así, su definitiva ruptura espiritual con Leigh se debe a que éste, forzado por Pinochet a instruir un sumario que esclarezca la filtración a la prensa de un documento reservado -la carta en que el Comandante en Jefe de la FACH se oponía a la Consulta nacional de 1978-, designa fiscal del sumario al mismo general que, por orden del propio Leigh, ha materializado la filtración objetada.

Y su definitiva ruptura espiritual con Pinochet se debe a que

éste no haya cumplido el compromiso tomado con el resto de la Junta, en orden a anunciar, en su mensaje presidencial del 11 de septiembre de 1988 que, si fuera ratificado por el plebiscito de octubre siguiente, asumiría su nuevo período como civil.

En uno u otro caso, nosotros, los chilenos-chilenos, tenderíamos a juzgarlos como "diabluras", casi lícitas en el ágil juego de piernas de la política.

Pero no le pidamos esta manga ancha a un chileno-alemán de tradición luterana.

Es Matthei, por último, un aviador, acostumbrado a estar solo en las alturas y a tomar también solo decisiones claves.

La vocación del aire es en el General Matthei, como lo era en el General Leigh, el rasgo principal de su carácter. Viene de la primera infancia, no tiene antecedentes familiares ni de ancestro, es indesarraigable y se cumplirá inexorablemente contra todas las dificultades, empezando por las económicas.

La combinación de los rasgos antedichos, general esas actitudes solitarias, porfiadas, de fuerte contenido ético - acertado o errado- que caracterizan su vida pública, y que hallamos descritas por él mismo, a lo largo de este libro.

Comandante del grupo 7 de la FACH, el de los Hawker Hunter, durante el "tacnazo" del General Viaux, anuncia a sus hombres que impedirá cualquier apoyo del grupo a los sublevados, el Código de Justicia Militar en una mano y su pistola en la otra. Y que si se lo ordena la autoridad legítima, bombardeará el Regimiento Tacna, él única y personalmente, para no comprometer a nadie más.

Ministro de Salud, converso por la prédica de Miguel Kast a las bondades de Chicago, las defenderá abiertamente, convirtiéndose por ello, hemos visto, en un paria dentro de la FACH de Leigh.

En igual soledad asumirá la jefatura máxima de la FACH y su representación en la Junta.

Y este exasperado sentido moral lo lleva, creo, a juzgar con injusticia la actitud del Presidente Pinochet, la noche del plebiscito.

Todo lo que Matthei narra, es perfectamente compatible con una situación implícita en la pérdida del referéndum. A saber, la sombría amenaza pública del MIR y del Partido Comunista, en orden a que si ganaba el NO, como había ganado, provocaría un gigantesco alzamiento popular para expulsar inmediatamente a Pinochet y los militares del poder. Y no era prudente desestimar así como así al Partido del sangriento magnicidio frustrado de 1986, y de la monstruosa internación de armas por Carrizal ajo el mismo año.

Y si Pinochet pidió el acta que entonces se le negó, y ahora se le reprocha, quizás fue porque con o sin justicia- no estaba seguro del firme apoyo de sus pares en las duras horas por venir. Al fin y al cabo, allí mismo empezaron a discutir, recuerda Matthei, si adelantaban la entrega del poder para Abril.

Quizás la culpa fuera del propio Pinochet. Pues fue un solitario en el ejercicio del poder, igual que el General Matthei, si bien por distintas razones. Solitario, adoptó decisiones muy malas, como la confianza otorgada al Teniente Coronel Manuel Contreras. Pero también otras muy buenas que, cuando es objeto de universal abandono, quizás sea de estricta justicia y gratitud recordar.

Sólo, en septiembre de 1973, debiendo elegir entre el golpe y la guerra civil a la cual todos los chilenos estábamos dispuestos, y hasta ambición de que viniera, eligió el golpe.

Sólo, en abril de 1975, tomó el difícil camino de la libertad económica, que hoy nadie discute.

Sólo, en diciembre de 1978, urgido por la Cancillería a recurrir a la Corte internacional de la Haya contra Argentina, resolvió esperar las 24 horas que significaron la mediación pontificia y no la guerra.

Y sólo, se sobrepuso a la derrota del plebiscito para decidir y anunciar que las Fuerzas Armadas y de Orden no dejarían el poder sino en la forma y plazo que contemplaba la Constitución para el caso de esa derrota.

Por eso, quisiera cerrar estas palabras con una cita del General Matthei, generosa y reveladora de cómo gobernaba el Presidente Pinochet:

"Cada quince días tenía audiencias con él, las cuales transcurrieron siempre en un ambiente franco, cordial y de respeto mutuo. Creo que apreciaba mis informaciones bien respaldadas y el hecho de que no le llevara problemas ni tratara de ocultárselos. El Presidente lo miraba a uno a los ojos, y el pan era pan, y el vino, vino. Gradualmente, fui constatando que sabía más que nadie sobre la marcha del país y que buscaba en forma incansable superar los enormes problemas que había heredado. Por otra parte, nunca me pidió un favor para alguien ni trató de influir en mis decisiones".